

Vida en un cuadro

King Kong cumple 75 años

El simio más poderoso de la cinematografía mundial está de manteles largos para recordarnos que con todo y sus clichés y afanes críticos incluidos, la materia de los sueños es inmortal. **TEXTO: RAFAEL LEMUS**

Son tres las versiones, sí, y ninguna es mala: 1933, 1976 y 2005. Son tres las rubias, sí, y todas son deseables: Fay Wray, Jessica Lange y Naomi Watts. Son tres los gorilas, sí, y cada uno es único: el primero con su tieso pelo de conejo, el segundo que trepa no el Empire State Building sino las Torres Gemelas y el tercero que juega, enterece y casi baila. Sí y sin embargo, para mí, sólo hay un *King Kong*: el primero, que cumple ahora 75 años.

Pero no importan los años: importa que el gorila es puro cine y que el cine, cuando es grande, no envejece. Porque Kong, en efecto, es puro cine: no nació —como Frankenstein o Drácula o demás mitos cinematográficos— de un libro sino de la imaginación visual del cineasta Merian C. Cooper. Porque Kong, en efecto, no envejece. Escribí hace cinco años esto y escribo ahora esto: “Podría redactarse un elogio de *King Kong* con puros lugares comunes. De hecho, no hay otra manera de hacerlo. La cinta satisface uno a unos los clichés de los cinéfilos más desesperados: es una joya hecha para el disfrute experto. Un arrebato nada torpe sería confundirla, simple y llanamente, con el cine en estado puro. *King Kong* es el cine, y punto. Nace, de entrada, de ese par de motivos que son el origen del gran cine: el dinero y el entretenimiento [...] La idea original fue de Merian C. Cooper, pero el artista tras bambalinas es George Méliès, auténtico padre del cine. Fue el francés quien estrelló un cohete contra el ojo de la luna y fue Hollywood quien, 30 años después, aprendió la lección de magia y fantasía. Nadie viaja a la luna en *King Kong* y, sin embargo, todo ocurre en ese otro mundo inventado por Méliès, mezcla de ilusión y lirismo, arte y dinero”.

Agregaría ahora un nuevo lugar común: *King Kong* es, aparte de ilusión y lirismo, reflexión y crítica. Aunque ocurre, aparentemente, en un vaporoso mundo de ensueño, también sucede aquí y ahora. O mejor: allí y entonces. Se ha repetido numerosas veces que la cinta es una metáfora del Estados Unidos de los años 30, inmediatamente posterior a la crisis del 29. ¿Qué revela *King Kong*? Muy evidentemente, el racismo dominante. Nótese que la película es, parece ser, una fábula de la condición de los negros: Kong es traído a Estados Unidos en cadenas, es explotado por capitalistas rapaces y es mostrado en ese único

sitio donde los negros eran admirados y aplaudidos —el escenario de un teatro. Nótese el miedo, aun vigente, a la sexualidad del negro, a su gusto por las mujeres blancas, a la inevitable mezcla de razas. Más todavía: *King Kong* exhibe el miedo, ya pasado, al comunismo y el miedo, actual, a la explosión revolucionaria. Estrenada unos días antes del arribo de F.D. Roosevelt a la presidencia de Estados Unidos, la película es fiel al ánimo de aquellos tiempos: como las calles de las ciudades estaban atestadas de desempleados molestos y cada vez más organizados, se temía al monstruo del comunismo, capaz de destruir, en un arranque de ira, la civilización (simbolizada, perfectamente, por el Empire State que Kong escala en la última secuencia). Un dato sintomático: Merian C. Cooper era un declarado anticomunista y un notable empresario. Una imagen contundente: el horror de los burgueses, todos vestidos de gala, cuando la bestia rompe sus cadenas.



2

(De paso: ¿la nueva versión de *King Kong* insiste en los mismos miedos? Por el contrario: no se teme a la bestia, se lamenta su destino. Antes que un síntoma del racismo o el anticomunismo, la película es una fábula ecologista: la presencia del gorila en Nueva York no causa pánico sino pena). Y sin embargo *King Kong* es poesía. Es, sobre todo, poesía. Nunca otra película ha poseído tanto lirismo, voluntario o involuntario, como esta fábula sobre la Bella y la Bestia. Ni siquiera en las obras de Vigo, Truffaut o Tarkovski es posible encontrar un poema visual de estas dimensiones. Nacida en el cine y no en la literatura, la película está hecha con la materia de los sueños. Es onírica su atmósfera —en un hermoso blanco y negro— y es onírica la trama, que avanza de delirio en delirio. Es irreal el mono —con su tieso pelo de conejo— y es surreal —es decir: loco— el amor de la bestia por la rubia. Incluso la torpeza de los efectos especiales —ah, la imposible, delirante lucha entre el gorila y el dinosaurio— es ventajosa: vuelve todo artificio y desprende a la cinta de cualquier referencia realista. ¿Qué es cierto en *King Kong*? No el tiempo, en el que conviven dinosaurios y gorilas y rascacielos, ni el espacio: Kong mide 18 pulgadas en la jungla, 24 en Nueva York y el doble en el póster promocional de la película. La razón no impera en ningún metro de la cinta, y así está bien: no está hecha para el intelecto sino para la memoria. Tan buena cosa es ver *King Kong* como recordarla. Y algo es seguro: cuando uno la ve, ya no la olvida. •

1

1. *King Kong* 2005.
2. Jessica Lange junto al Kong de 1976.